

Individualidad y Diversidad

por Harlan Gilbert

Durante mi primer año como docente en una escuela secundaria Waldorf, uno de los pocos estudiantes racializados de la comunidad compartió conmigo su experiencia en la escuela. Me contó que, por un lado, era amigo de todos los alumnos de su clase y que además tenía amigos en otros cursos. Además, me comentó que sus amigos que iban a escuelas públicas muy integradas le dijeron que no tenían amigos no racializados y que nunca hablaban con esa clase de estudiantes.

Por otro lado, cada día mi estudiante experimentaba un abismo cultural. Por ejemplo, en el colegio él tocaba música clásica (era uno de los mejores violonchelistas que tenía la escuela), mientras que en su barrio todo giraba en torno al hip-hop.

En pocas palabras, Daniel (como lo llamaré aquí) describió con precisión un punto fuerte y un punto débil característicos de nuestra escuela. Los aciertos y los fallos son importantes porque nuestros problemas fueron y siguen siendo típicos de muchas escuelas Waldorf de EE.UU. y también porque, aunque se han hecho esfuerzos por mejorar, todavía queda un largo camino por recorrer.

En retrospectiva, podría decir que nos esforzamos por una educación universal que reconociera y respetara todas

las individualidades, pero no fuimos conscientes de la necesidad de una educación diferenciada que satisficiera las particularidades de las constituciones, comunidades y culturas individuales. Lo expuesto a continuación es un intento de explorar las raíces de ambos aspectos de nuestra historia.

La educación como una celebración de la individualidad

Para comenzar, el lado positivo de la experiencia de Daniel:

Desde su fundación, las escuelas Waldorf han trabajado para crear comunidades de respeto mutuo, en las que cada persona es tratada como alguien valioso, y para acoger e integrar a los alumnos de todos los géneros, etnias, religiones y (cuando la economía lo permite, una limitación importante de las escuelas independientes de EE.UU.) de todas las clases sociales, incluso en épocas y lugares en los que con frecuencia estaban segregadas. Hay pruebas de que este esfuerzo puede tener un éxito notable en el ámbito especial de las relaciones raciales -nuestros estudiantes no se dividen en grupos basados en la etnia o la raza- como en el de otras instituciones ni se dividen en “deportistas”, “artistas” y “cerebritos”. De hecho, una de las observaciones más frecuentes de los estudiantes que se gradúan y de los

antiguos estudiantes es lo especial que fue ser amigo de todos los de su clase, y como se dieron cuenta de que esto no era lo habitual en otras escuelas. Sin exagerar, las personas que visitan nuestra escuela, en lugar de preguntar, “¿Por qué todos los niños racializados están juntos en la cafetería?”, a veces preguntan: “¿Por qué todos los niños están juntos en la cafetería?”¹

Mientras que en la mayoría de las instituciones es imposible evitar que la comunidad que nos rodea nos coloque en una identidad cerrada, nuestros estudiantes pueden, en mayor medida, elegir cuándo y cómo enmarcarse y ser aceptados por lo que son. Un estudiante que se cambió de una escuela a la nuestra hizo la siguiente declaración: “En mi antigua escuela se burlaban de mí si llevaba zapatos azules. Aquí puedo llevar los zapatos que quiera”. Un grupo de profesionales de pedagogía de la diversidad preguntaron a nuestros estudiantes como de segura es nuestra escuela para la gente racializada y se quedaron sorprendidos cuando todos los estudiantes caminaron hacia el lado del aula que significaba “muy seguro”.² Los consultores me dijeron que nunca habían visto algo así.

Es una bendición vivir como individuo en una comunidad sin que las particularidades como la raza jueguen constantemente un papel definitorio. Las personas miembros de las culturas mayoritarias suelen

disfrutar de este privilegio sin ni siquiera darse cuenta de que lo es. El esfuerzo por crear un espacio en el que todos puedan vivir sin ser vistos en función de sus características externas o afiliaciones de grupo es una consecuencia natural de la misión principal de las escuelas Waldorf: ser conscientes de la individualidad espiritual de sus estudiantes y profesores, y comprometerse con ella. En cierta manera, las escuelas Waldorf intentaron hacer realidad un sueño glorioso y honorable.

Educación para la inclusión y la diversidad

Pero, como los sueños se esfuman, y todo el mundo tiene fallos, sospecho que cuando Daniel mencionó el abismo que separa su experiencia dentro de la escuela con su experiencia fuera de ella, tenía algo como lo siguiente en mente.

Primero: Una institución que considera a cada individuo como una entidad sagrada puede ser ajena a la necesidad de reflejar la constitución, la comunidad y la cultura de cada persona. Nuestro plan de estudios, construido con tanto esmero para alimentar las individualidades, se basaba en gran parte en las normas culturales europeas, así como en otras culturas interpretadas como precursoras de éstas. Nuestra escuela tardó en reconocer la necesidad de ampliarlo para abarcar otras perspectivas. El antiguo Egipto se exploró a fondo, mientras que África moderna se ignoró. La historia de la colonización europea de América del Norte se abordó en profundidad, y sin embargo era posible pasar doce años de educación sin escuchar más que una o dos palabras

1. Este es el título de un famoso libro de Beverly Daniel Tatus, publicado por primera vez en 1997.

2. Para ser completamente exactos: una estudiante (blanca) sintió que no había estado en la escuela el tiempo suficiente para opinar sobre este tema.

sobre las culturas indígenas que habitan esta tierra. Al centrarnos en impartir de forma competente un plan de estudios desarrollado en otro continente y en otra época, apenas celebramos la diversidad contemporánea de América. Si bien éramos conscientes de la importancia de ofrecer, según la acertada metáfora de Emily Style, tanto ventanas (nuevas perspectivas del mundo) como espejos (oportunidades para la autorreflexión), la superficie de ambos era con demasiada frecuencia, según mi propia metáfora, de un color blanco pálido.

Segundo: Hasta hace poco, nuestra escuela no era consciente de la importancia que recaía en su profesorado y personal a la hora de reflejar la diversidad de orígenes de sus alumnos y familias. Al fin y al cabo, todos éramos individuos, ¿no? ¿No debería ser esto suficiente? La respuesta es obvia: los encuentros humanos no se producen exclusivamente de individualidad a individualidad. De hecho, las personas se encuentran y experimentan las diferencias, en todos los niveles de su ser.

Por último: Incluso si fuéramos capaces de ir más allá de la raza en nuestro entorno escolar (y la perfección es siempre una expectativa poco realista), seguiría siendo nuestra responsabilidad preparar a nuestros estudiantes para que se encuentren, comprendan y superen:

- la realidad de las relaciones raciales en Estados Unidos y en el mundo actual, que incluye tanto el prejuicio personal como el racismo institucionalizado/sistémico/estructural.

- el nivel de privilegio y respeto que se otorga a los identificados como no racializados en nuestra sociedad y el nivel de menosprecio y desventaja que pueden sufrir los miembros de otras razas y culturas.
- la larga historia de transgresiones a los derechos que ha llevado a las diferencias actuales de riqueza, educación, estatus, etc.
- la experiencia de no verse representado en una escuela u otra institución, especialmente en puestos de poder y autoridad (por ejemplo, el profesorado y la administración).

Sintetizando las posiciones

"La amada comunidad se forma no por la erradicación de las diferencias, sino por su afirmación, cuando cada uno de nosotros reclama las identidades y los legados culturales que conforman lo que somos y cómo vivimos en el mundo".

– bell hooks

¿Cómo puede una escuela equilibrar el objetivo de ir más allá de la raza para permitir que los estudiantes se sientan como individuos y el objetivo de proporcionar una educación que sea sensible a la diversidad?

Desde el punto de vista pedagógico, valorar la diversidad permite que los estudiantes se sientan reconocidos como personas integradas en una constitución, una comunidad y una cultura particulares. Centrarse en la diversidad de la identidad nos permite comprender la importancia de

honrar la raza como factor definitorio de la identidad humana y celebrar las herencias culturales que hacen única a cada raza.

Desde el punto de vista pedagógico, hacer hincapié en la universalidad de la individualidad permite que el estudiante se sienta reconocido como un ser espiritual. Centrarse en lo universalmente humano nos permite comprender la unidad subyacente de toda la humanidad y nos hace avanzar hacia una época en la que las personas “no serán juzgadas por el color de su piel, sino por el *contenido de su carácter*”, como afirmó Martin Luther King, Jr. en su famoso discurso de 1963 en Washington, DC.

Si bien estos dos puntos no son necesariamente contradictorios en todos los aspectos, se inclinan por objetivos un tanto polarizados. Por un lado, aunque la raza sea una serie de construcciones sociales, lo que ha crecido alrededor de estas construcciones es real y significativo. Y, por otro lado, aunque siempre veremos el color, podemos esforzarnos por no verlo como algo relevante, lo que permitiría que la construcción social de la raza se desvaneciera hasta ser irrelevante.

Durante siglos, la conversación en torno a la raza en este país ha oscilado entre estos dos aspectos. Nuestras escuelas deberían ser espacios seguros en los que se produzcan debates reflexivos y mutuamente respetuosos, y espacios creativos en los que puedan surgir soluciones. Las escuelas Waldorf son lugares ideales para servir como espacios educativos en los que los estudiantes pueden vivir como individuos con identidades ricas y no reducibles

o reducidas a miembros de grupos, a la vez que se les educa en la diversidad de la humanidad y en la historia de los encuentros culturales, que a veces resulta problemática y otras veces inspiradora.

Conclusión

“Podemos no estar de acuerdo y aun así seguir amándonos, a no ser que tu discrepancia tenga origen en mi opresión y en la negación de mi humanidad y mi derecho a existir.”
– James Baldwin

Al igual que otras instituciones de Estados Unidos, las escuelas Waldorf están buscando formas de responder adecuadamente a la problemática historia de las relaciones raciales del país. Al hablar sobre raza en este país, existen dos enfoques predominantes que parecen ser casi diametralmente opuestos. Uno de ellos plantea la unidad de toda la humanidad y espera el momento en el que la raza sea completamente irrelevante como factor en la sociedad. (Si las tendencias sociológicas y demográficas actuales se mantienen, el largo arco de la historia se inclinará lenta pero inevitablemente en esta dirección, aunque aún queda un largo camino por recorrer). El otro enfoque se centra en honrar las constituciones, las comunidades y las culturas que conforman los distintos grupos étnicos y razas.

Si pudiera elegir, ¿desearía que las generaciones futuras estuvieran seguras sobre su identificación racial, que también sería honrada por la sociedad, o que consideraran la raza como una categoría desfasada e irrelevante para sus vidas?

Tal vez se trate de una falsa dicotomía. Cultivar la individualidad y respetar las características específicas puede parecer contradictorio, pero me parece que en realidad son elementos complementarios de la vida humana. ¿No apreciaría más fácilmente la unidad fundamental de la humanidad una persona firmemente arraigada en su propia constitución, comunidad y cultura? Ciertamente, no respetar las diferencias de una persona erige barreras para que esa persona experimente esa unidad. ¿Una persona fuertemente comprometida con la humanidad en general no estaría naturalmente más abierta e interesada en las formas diferenciadas en que se manifiesta la humanidad? Ciertamente, quienes no ven a la humanidad como una unidad tenderán, naturalmente, a elevar su propia identidad particular por encima de la de los demás.

Tal vez haya un camino intermedio entre la superación de la raza y la defensa de la identidad racial. Tal vez las generaciones futuras tengan la misma libertad con respecto a la raza que estamos aprendiendo a conceder a otros aspectos de la identidad. Las identificaciones religiosas, por ejemplo, solían estar directamente vinculadas a la procedencia y la comunidad de una persona, y las personas de diferentes religiones se sentían a menudo en lados opuestos de una división cultural. Cada vez se es más consciente de que las personas

pueden (entre otras alternativas) tener una identificación fuerte o débil con una sola tradición religiosa, alimentar conexiones diversas con múltiples tradiciones, ser espirituales, pero no religiosas, estar inseguras o en proceso de exploración, o ser completamente indiferentes al tema, y también de que es prudente no sacar conclusiones sobre otros aspectos de la vida de una persona basándose en este único elemento.

Tal vez lleguemos a reconocer que la raza, la etnia y otras identidades de grupo tienen una importancia que varía según las personas, y que su significado solo puede ser determinado por los individuos que portan estas identidades. Tal vez los seres humanos sean, en última instancia, libres de relacionarse con estos temas en cada momento de sus vidas de la manera que elijan.

HARLAND GILBERT, PH.D, comenzó su carrera como docente Waldorf en 1986. Desde 2003 enseña matemáticas, informática, filosofía y física en el instituto Waldorf de Green Meadow. En 2005 publicó At the Source: The Incarnation of the Child and the Development of a Modern Pedagogy, an attempt to free Waldorf pedagogy from a particular cultural context. Obtuvo un doctorado en Estudios Transformativos del Instituto de Estudios Integrales de California en 2016 con una disertación sobre identidad y ética. Imparte talleres y escribe ensayos sobre una amplia gama de temas. Para más información, consulte harlangilbert.com.